

El trabajo es oración, según san Josemaría.

Pablo Marti del Moral, pmarti@unav.es

Introducción.

En distintas ocasiones, san Josemaría emplea fórmulas del estilo “convertir el trabajo en oración”¹ (AD 66: “trabajo personal que habréis sabido convertir en oración”; AD 67: “convertir el trabajo en un diálogo de oración”; Surco 497: “convertir su trabajo en oración”; Surco 518: “en el trabajo, convirtiéndolo en oración”), o debemos “hacer del trabajo oración” (AD 64). Incluso llega a afirmar “el trabajo es oración” (ECP 10: “Trabajar así es oración”; ECP 48: “El trabajo es así oración”; Camino 825: “Ese trabajo es oración cuajada en obras”; Surco 471: “Voy a hacer tres horas de oración con la Física”).

Son expresiones llenas de significado, y muy unidas al núcleo de su mensaje espiritual. Ahora bien, ¿cómo entenderlas? Participan dentro de la gran corriente de la llamada universal a la santidad en la Iglesia, o dentro de la gran corriente de la secularización, como uno de sus últimos estadios. ¿El trabajo, la acción del hombre, sustituye a la acción de Dios? Incluso la acción del hombre que se refiere a su relación, búsqueda o dependencia de Dios, es decir, la oración, ¿queda reducida a la acción típica del hombre en el mundo: el trabajo? En un mundo adicto al trabajo, *workaholic*, no solo el ámbito de las relaciones íntimas de la persona como es la familia, sino que también la relación íntima con Dios, ¿puede desaparecer?

Si colocamos estas expresiones de san Josemaría en el conjunto de la historia de la espiritualidad, ¿estamos ante un paso más del *ora et labora* benedictino? Después de afirmar que

¹ Para las citas de san Josemaría, empleo estas abreviaturas: “AD” en lugar de “San JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*”; y “ECP” como “San JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*”.

“la oración es trabajo” a partir de las enseñanzas y esfuerzos de la oración metódica moderna, ¿debemos ahora dar un paso más adelante y decir que “el trabajo es oración”? ¿Hemos matado así definitivamente a Dios como sostenía Nietzsche?, y la única oración que queda es nuestro trabajo, siguiendo la ideas tanto de Marx como del capitalismo liberal productivo. O por el contrario, frente a los vaticinios de la secularización extrema, precisamente aquí en el trabajo como afirmación del hombre es donde podemos encontrar -o reencontrar- a Dios.

La vida de los santos es la vida de sus contemporáneos vivida con profundidad. San Josemaría no es menos. En este sentido hay que situarlo en los avatares de la iglesia y de la civilización del siglo XX. Con rasgos propios y algunos específicos, e incluso originales. Pero no es un meteorito sin conexión al resto de realidades. En este sentido, habrá que estudiar su pensamiento sobre el trabajo, sobre la oración y sobre el sacerdocio-eucaristía de los fieles cristianos, en conexión con la teología y la cultura del siglo XX. En estos campos los desarrollos han sido muy relevantes, y no se pueden obviar. Por ejemplo, es verdad que la relación entre oración y trabajo en la tradición de la Iglesia y en el desarrollo de la civilización debe mucho a san Benito y su fórmula *ora et labora*. Pero el mundo de la Iglesia y de la sociedad del siglo XX-XXI ha cambiado radicalmente. No se pueden comparar sin más, porque no se comprendería ninguno de los dos.

En este estudio quiero analizar en concreto cómo san Josemaría explica que el trabajo se puede convertir en oración, como se puede hacer oración, en definitiva como el trabajo es oración. Y además en lo práctico de la vida cristiana, en el rezar y trabajar de cada día.

De todas formas, para comprender esta realidad deberemos hacer referencia a su contexto inmediato: la santificación de la persona a través del trabajo, y al contexto más amplio de su concepto sobre el trabajo, la oración-contemplación y el culto-sacerdocio-eucaristía.

Contexto inmediato: la santificación de la persona a través del trabajo.

Jesucristo, con su encarnación, su muerte y su resurrección, ha transformado el significado de todas las cosas. La Resurrección supone un cambio en el núcleo de la realidad del ser, una fisión nuclear en lo más profundo de la vida, que renueva todas las cosas².

Los fieles laicos deben continuar la misión de Cristo y hacer posible la llamada a la santidad y al apostolado en la Iglesia a través de su vida ordinaria de trabajo³. En este contexto se inserta la enseñanza de san Josemaría. “¡Lo he dicho sin cesar, desde que el Señor dispuso que surgiera el Opus Dei! Se trata de santificar el trabajo ordinario, de santificarse en esa tarea y de santificar a los demás con el ejercicio de la propia profesión, cada uno en su propio estado”⁴.

La santificación del trabajo es uno de los núcleos principales de su enseñanza⁵. Muchos estudios ya se han ocupado de ello⁶, por lo que no nos extendemos más.

Premisas: nueva comprensión de trabajo, contemplación y culto espiritual.

Ya hemos comentado que estas nociones: trabajo, oración y culto espiritual, serían las coordenadas básicas para comprender la enseñanza de san Josemaría en este punto.

En primer lugar, debemos señalar que el mensaje de san Josemaría tiene su fundamento en la visión peculiar del misterio de Cristo y como consecuencia del cristiano, el cristiano

² Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Vigilia de Pascua 2006*.

³ Cfr. Pablo MARTI, *La espiritualidad cristiana en el Concilio Vaticano II*, in “Scripta Theologica” 45 (2013), pp. 161-170.

⁴ ECP, n. 122. Ver comentario de Antonio ARANDA, *Es Cristo que pasa. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid 2013, p. 350.

⁵ Cfr. ECP, n. 45.

⁶ Ernst BURKHART – Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*, vol. III, Rialp, Madrid 2013, pp. 134-221; José Luis ILLANES, *Trabajo, santificación del*, in *Diccionario de San Josemaría Escrivá*, Monte Carmelo, Burgos 2013, pp. 1202-1210, y la abundante bibliografía reseñada en dichos estudios.

corriente. Esta es la gran categoría de la vida cristiana: la vida de Jesús como una existencia ordinaria, pero a la vez una existencia divina porque es el Hijo de Dios. “Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. Era el carpintero, hijo de María. Y era Dios, y estaba realizando la redención del género humano, y estaba atrayendo a sí todas las cosas”⁷.

Jesús mediante esa vida sencilla y común estaba ya realizando la redención de los hombres. Los cristianos al contemplar la vida ordinaria de Jesús deben descubrir su propia vocación cristiana a la santidad en medio del mundo⁸.

En segundo lugar, sólo podemos comprender la relación oración y trabajo desde la nueva noción de trabajo, oración-contemplación y sacerdocio-culto-eucaristía que surge de su vivencia del misterio cristiano, encuadrada en la vida de la Iglesia y en la teología del siglo XX.

1) En lo referente al trabajo.

Jesús de Nazaret ha cambiado la noción de trabajo, por lo que es posible una teología del trabajo y también una espiritualidad del trabajo⁹. Quizá el cambio más notable respecto a otras formulaciones espirituales sobre el trabajo, como el *ora et labora* de san Benito, sea la aportación de Chenu sobre la dimensión social (pública o colectiva) del trabajo en cuanto obra

⁷ Cfr. ECP, n. 14.

⁸ Cfr. ECP, n. 20.

⁹ Sobre la teología del trabajo, entre otras muchas publicaciones ver CHENU, M. D., *Hacia una teología del trabajo*, Barcelona: Estela, 1960; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, F. (coord.), *Estudios sobre la encíclica “Laborem exercens”*, Madrid: BAC, 1987; ILLANES, J.L., *Ante Dios y en el mundo: apuntes para una teología del trabajo*, EUNSA, Pamplona 1997; RHONHEIMER, M., *Transformación del mundo*, Madrid: Rialp, 2006; TEILHARD DE CHARDIN, P., *El medio divino*, Madrid: Trotta, 2008; THILS, G., *Théologie des réalités terrestres*, I. Lovain: Desclée de Brouwer, 1946. Más específicamente, sobre la espiritualidad del trabajo: AA.VV., *Travail*, Dictionnaire de Spiritualité, t. XV, cols. 1186-1250; ILLANES, J. L., *La santificación del trabajo, el trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid: Palabra, 2001; RODRÍGUEZ, P., *Vocación, trabajo, contemplación*, Pamplona: Eunsa, 1986.

que puede realmente construir y transformar el mundo¹⁰. Por tanto, ya no deberíamos ver el trabajo principalmente desde el aspecto individual –referido a la persona singular- y ético –lo bueno que es el trabajo y cómo perfecciona en cuanto que sacrificio, escapada del ocio, permite rezar más y mejor, etc.-.

Esta verdad habría que situarla dentro del panorama más global de la importancia de la acción humana y su papel en la historia, que la teología del siglo XX ha puesto tanto de relieve. De un lado la escatología, pero también la propia antropología y la eclesiología. Bastaría citar como resumen y centro de toda esta problemática las palabras del Concilio Vaticano II en *Gaudium et Spes* y la noción teológica de reino de Dios; como derivado de esto, la aparición y desarrollo de la doctrina social de la Iglesia.

Todo esto se decanta en san Josemaría en la afirmación de que el trabajo es servicio de la persona a los demás y a la sociedad, en el fondo verdadero amor, porque es una de las maneras de darse, de donarse uno mismo a Dios y al prójimo.

2) En torno a la oración y contemplación.-

Sin duda, los avatares de la llamada universal a la santidad y la llamada universal a la mística recogen los afanes por desarrollar una mayor comprensión de la oración cristiana y de la contemplación mística a la que están llamados todos los cristianos. Fuera ya de las discusiones y de una superación de la mística más extraordinaria, la perfección de la vida cristiana como perfección de la caridad ha llevado a destacar los perfiles de la vida de oración íntima, sencilla, amorosa, muy divina pero también muy humana, de todo cristiano.

¹⁰ M.D. CHENU, *Trabajo*, in *Sacramentum mundi. Enciclopedia teológica*, Barcelona 1978, t. 6, pp. 671-683.

En san Josemaría, esta realidad se puede condensar en su doctrina de ser *contemplativos en medio del mundo*, de una oración profunda de contemplación en la que el cristiano se sabe en medio del mundo como hijo amado de Dios, que como Padre espera el amor de sus hijos en las incidencias de la vida cotidiana.

3) En torno al sacerdocio, eucaristía y culto espiritual.-

Debemos ahora hacer una breve referencia al desarrollo de la liturgia y la conciencia de su importancia para la vida de la Iglesia y para la teología; quizá subrayando también las discusiones en torno a liturgia y oración privada, que fueron superadas por la conexión esencial y vivificante de liturgia y espiritualidad cristianas, tal y como aparece en la *Sacrosanctum Concilium* del Vaticano II¹¹.

La obra de la salvación se realiza en Cristo. Pero en el tiempo de la Iglesia, el misterio de Cristo se realiza por la Liturgia y por la predicación de la Palabra. Para el Concilio la inseparabilidad entre palabra, liturgia y vida es un punto de partida¹².

El hombre ha sido introducido en el misterio de la vida divina trinitaria, de la santidad de Dios. Esta evidencia fuerte se debe poner en contraste con el relativismo y materialismo que nos sofocan. La espiritualidad cristiana es una respuesta salvadora para el hombre de hoy. Pero su núcleo no está en la acción humana que libera al necesitado (obras de caridad) sino en la acción divina que nos introduce en su misterio. Y desde la trascendencia, nos salva y nos hace

¹¹ La bibliografía sería amplísima. Para una síntesis del proceso histórico que resalta dicha relación, cfr. Jesús CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual*, Madrid: Instituto de espiritualidad a distancia, 1984, 49-61.

¹² El Concilio llegaba a estos planteamientos dejando atrás, pero teniendo presentes, los conocidos debates entre liturgia y espiritualidad: oración pública *versus* oración privada (piedad individual y popular, devociones y prácticas piadosas); liturgia y contemplación (discusiones provocadas por la publicación en 1913 de *La liturgie catholique* de M. Festugière; o el artículo *Liturgy and contemplation* de J. y R. Maritain en la revista *Spiritual Life* en 1959). Por otra parte, también durante la primera mitad del siglo XX se había desarrollado la cuestión mística y las discusiones sobre ascética y mística.

salvadores. La caridad hacia Dios y hacia los hombres es respuesta al amor de Dios que se nos da primero.

Pues bien, la teología sobre el sacerdocio, la teología sobre la eucaristía y la teología del culto espiritual cristiano, son fundamentales para comprender la visión de san Josemaría. Toda su enseñanza espiritual sobre el misterio del cristiano es profundamente sacerdotal. Pero parte del sacerdocio de Cristo que ha hecho nueva y más profunda la dimensión de sagrado y profano. El misterio de Jesucristo no ha inutilizado ni destruido el binomio sagrado-profano como pretendía la teología de la secularización, sino que lo ha hecho más profundo y verdadero. “En rigor, no se puede decir que haya nobles realidades exclusivamente profanas, una vez que el Verbo se ha dignado asumir una naturaleza humana íntegra y consagrar la tierra con su presencia y con el trabajo de sus manos. La gran misión que recibimos, en el Bautismo, es la corredención. Nos urge la caridad de Cristo, para tomar sobre nuestros hombros una parte de esa tarea divina de rescatar las almas”¹³.

En Cristo, con Cristo y por Cristo, el cristiano es “sacerdote de su propia existencia”¹⁴, adora a Dios con toda su vida, cuando pone como centro y raíz de su existir la Eucaristía. De esta manera, la oración más sublime, la adoración, se hace totalmente personal cuando el cristiano presenta su vida como ofrenda a Dios, siguiendo las huellas de Jesús.

El trabajo como oración.

Enunciadas las premisas anteriores, vamos a proceder ahora a desentrañar el hilo de cómo el trabajo se convierte en oración: el trabajo de hecho puede ser oración, lógicamente sin sustituir la oración.

¹³ Cfr. ECP, n. 120.

¹⁴ ECP, n. 96.

Aunque ya se supone por lo dicho anteriormente, es bueno señalar que estamos ante una pregunta nueva. No estamos hablando solo de cómo hacer oración mientras se trabaja manualmente, es decir, de cómo hacer compatible trabajo y oración en cuanto actividades yuxtapuestas: estoy haciendo un trabajo manual y mientras puedo ir rezando, especialmente oraciones vocales. La cuestión es analizar si es posible rezar mientras se realiza un trabajo intelectual, y por tanto, mi atención y mi espíritu tienen que estar dirigidos a lo que estoy haciendo.

1) La vida de trabajo se inserta en la vida de oración, mediante un trabajo en la presencia de Dios.

Los consejos de san Josemaría comienzan afirmando que el trabajo debe ser oración personal, diálogo íntimo con Dios Padre: “el trabajo tuyo debe ser oración personal, ha de convertirse en una gran conversación con Nuestro Padre del Cielo. Si buscas la santificación en y a través de tu actividad profesional, necesariamente tendrás que esforzarte en que se convierta en una oración sin anonimato”¹⁵

En el planteamiento de san Josemaría, el trabajo no sustituye la oración, sino que la continúa y complementa¹⁶. De un lado, la vida de oración lleva a la unión con Dios durante el trabajo porque enseña a referir todo “a tu Padre Dios”. El plan de vida, las prácticas de vida interior, “te llevarán, casi sin darte cuenta, a la oración contemplativa. Brotarán de tu alma más actos de amor, jaculatorias, acciones de gracias, actos de desagravio, comuniones espirituales. Y

¹⁵ AD, n. 64.

¹⁶ Nos parece que ese es el error principal en el que incurre J.B. Murphy (*Opus Dei: prayer or labor?*, Sophia II (2010-2), pp. 246-263), cuando compara la enseñanza de san Benito y de san Josemaría. El trabajo no devalúa la oración (p. 260). Existe una unidad esencial entre trabajo y oración para Escrivá; porque el punto de partida de su enseñanza es la vida redentora de Cristo, su vida oculta insertada en el misterio pascual. De ahí sus diferencias con el calvinismo, la redención restaura el orden creado; y por supuesto con el pelagianismo, ya que la acción humana tiene todo su valor cuando se realiza en Jesucristo (p. 263).

esto, mientras atiendes tus obligaciones: al descolgar el teléfono, al subir a un medio de transporte, al cerrar o abrir una puerta, al pasar ante una iglesia, al comenzar una nueva tarea, al realizarla y al concluirla; todo lo referirás a tu Padre Dios”¹⁷.

De esta manera, también la vida de trabajo alimenta la vida de oración. Dios está presente en todos los lugares y situaciones, de ahí que sea posible hablar con Dios también durante el trabajo, desde el inicio hasta su conclusión. “Convencidos de que Dios se encuentra en todas partes, (...) unidos a Dios en todo momento (...), viviréis metidos en el Señor, a través de ese trabajo personal y esforzado, continuo, que habréis sabido convertir en oración, porque lo habréis comenzado y concluido en la presencia de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo”¹⁸.

Ese diálogo es factible porque a Dios le interesan todas nuestras cosas. El universo en el que se mueve san Josemaría es profundamente filial, tanto desde la perspectiva de la creación como de la redención. Es propio de un Dios Padre que le contemos nuestra vida, pero le interesa más que vivamos nuestra vida con Él. “Oración, lo sabemos todos, es hablar con Dios; pero quizá alguno pregunte: hablar, ¿de qué? ¿De qué va a ser, sino de las cosas de Dios y de las que llenan nuestra jornada? El tema de mi oración es el tema de mi vida. Somos cristianos corrientes; trabajamos en profesiones muy diversas; nuestra actividad entera transcurre por los carriles ordinarios; todo se desarrolla con un ritmo previsible. Los días parecen iguales, incluso monótonos... Pues, bien: ese plan, aparentemente tan común, tiene un valor divino; es algo que interesa a Dios, porque Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes.(...) A Cristo le interesa ese trabajo que debemos realizar -una y mil veces- en la oficina, en la fábrica, en el taller, en la escuela, en el campo, en el ejercicio de la

¹⁷ AD, n. 149.

¹⁸ AD, n. 66.

profesión manual o intelectual: le interesa también el escondido sacrificio que supone el no derramar, en los demás, la hiel del propio mal humor”¹⁹.

San Josemaría tiene muy claro su público y su propuesta: la vida contemplativa para los fieles cristianos que viven en medio del mundo. “Describo la vida interior de cristianos corrientes, que habitualmente se encuentran en plena calle, al aire libre; y que, en la calle, en el trabajo, en la familia y en los ratos de diversión están pendientes de Jesús todo el día. ¿Y qué es esto sino vida de oración continua?”²⁰.

Para ello es preciso ir de la oración a la vida/trabajo y de la vida/trabajo a la oración. “En los ratos dedicados expresamente a ese coloquio con el Señor, el corazón se explaya, la voluntad se fortalece, la inteligencia -ayudada por la gracia- penetra, de realidades sobrenaturales, las realidades humanas. Como fruto, saldrán siempre propósitos claros, prácticos, de mejorar tu conducta, de tratar finamente con caridad a todos los hombres, de emplearte a fondo -con el afán de los buenos deportistas- en esta lucha cristiana de amor y de paz. La oración se hace continua, como el latir del corazón, como el pulso. Sin esa presencia de Dios no hay vida contemplativa; y sin vida contemplativa de poco vale trabajar por Cristo, porque en vano se esfuerzan los que construyen, si Dios no sostiene la casa”²¹.

2) El papel de la inteligencia: desentrañar la verdad de las cosas, el amor del Dios Padre Creador.

De todas formas, me parece que el núcleo de la cuestión viene ahora. El trabajo puede ser compatible con el diálogo con Dios, porque le tenemos presente también cuando trabajamos.

¹⁹ ECP, n. 174.

²⁰ ECP, n. 8.

²¹ ECP, n. 8.

Pero hay que dar un paso más. En este diálogo contemplativo con nuestro Padre Dios, lo más profundo es descubrir a Dios no solo en nuestro trabajo, sino precisamente a través de nuestro trabajo.

En el trabajo, el papel de la inteligencia es conocer y utilizar la verdad de las cosas desde el respeto a su autonomía, sin manipular ni corromper esa verdad propia. Pues bien, en el universo filial de san Josemaría esa verdad proviene de la verdad puesta por el Padre en las cosas y redimida por Cristo. Por tanto, “el trabajo de la inteligencia debe -aunque sea con un duro trabajo- desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia”²². La misma idea aparece en otro texto cuando afirma que reconocemos a Dios no sólo en la creación, sino también en la experiencia de la acción humana²³.

Para llegar a esta manera de contemplar la realidad, la inteligencia necesita ejercitarse en la oración y aprender a penetrar las realidades humanas de las realidades sobrenaturales²⁴.

San Josemaría se posiciona aquí claramente frente a la visión racionalista del proyecto moderno y contemporáneo con su dualismo de fe y razón. Él se mueve en otro universo y por ello también aporta una nueva respuesta. Aunque se pretenda “una supuesta incompatibilidad entre la fe y la ciencia, entre la inteligencia humana y la Revelación divina, esa incompatibilidad sólo puede aparecer, y aparentemente, cuando no se entienden los términos reales del problema”. Porque “si el mundo ha salido de las manos de Dios, si Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza y le ha dado una chispa de su luz”, no tiene sentido tener miedo a la ciencia, “porque

²² ECP, n. 10.

²³ Cfr. ECP, n. 48.

²⁴ Cfr. ECP, n. 8.

cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: *Ego sum veritas*. Yo soy la verdad”²⁵.

Esto se aplica a todos los saberes, desde los más abstractos hasta las habilidades artesanas. No hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para santificar a los que nos rodean.

Pero es el trabajo, y especialmente el trabajo intelectual, el que por sí mismo nos lleva a descubrir el lenguaje filial con el que está escrita la creación, porque nuestra inteligencia de hijos es capaz de descifrarlo y maravillarse ante la grandeza de un Dios Padre que hace todo por amor y para el amor²⁶. Trabajar, estudiar, o investigar así es oración. Esa actividad puede y debe llevarnos a Dios, y alimentar el trato continuo con Él.

En resumen, santificar el trabajo, hacer del trabajo oración, no es simplemente trabajar bien y luego al final ofrecer ese trabajo como quien le pone un sello a un expediente terminado. El trabajo es oración y santifica cuando está unido y en cierta manera continúa la obra creadora y redentora del Dios Trino. Es decir, cuando se realiza en diálogo con Dios desde el inicio hasta su fin; cuando la inteligencia penetra la realidad de su campo de estudio y descubre la mano de Dios Creador y Redentor precisamente ahí, en esas verdades; y, cuando la voluntad y con ella toda la persona en su actividad laboral efectúa un servicio de Dios y de los hombres.

Este tercer paso queda por analizar: ¿cómo procede la voluntad y el resto de las virtudes que contribuyen al trabajo?

²⁵ ECP, n. 10.

²⁶ En este sentido se expresa F. Collins desde el punto de vista de un científico: *¿Cómo habla Dios? La evidencia científica de la fe*, Ariel 2007.

3) El trabajo y el amor.

Para lograr que el trabajo sea oración y que a través de ese trabajo hecho oración, el cristiano se santifique a sí mismo y contribuya a la santificación-redención del mundo, es necesario hacer el trabajo por amor a Dios y a los hombres.

Ya hemos analizado en otra ocasión la relación del trabajo con el amor en san Josemaría²⁷. Allí afirmamos expresamente que el trabajo es amor; por eso mismo el trabajo puede ser oración. La relación trabajo, oración y amor es inseparable. “Esta dignidad del trabajo está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio. (...)Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor”²⁸.

“Hacer el trabajo por amor” implica que el trabajo tiene como finalidad el amor. *Por amor* no es la simple intención o motivo, sino el fin que explica e impulsa toda la actividad humana del trabajo desde su inicio²⁹. Es decir, no una pegatina que se pone al final, sino la realidad profunda que le da consistencia porque está al inicio, en el desarrollo y al final. “Hacedlo todo por Amor y libremente; no deis nunca paso al miedo o a la rutina: servid a Nuestro Padre Dios. Ocupate de tus deberes profesionales por Amor: lleva a cabo todo por Amor. [...] Por amor a Dios, por amor a las almas y por corresponder a nuestra vocación de cristianos, hemos de dar ejemplo. [...] Por lo tanto, cada uno en su tarea, en el lugar que ocupa en

²⁷ Cfr. P. MARTI, *El trabajo como agente de la transformación social según san Josemaría*, Edusc, Roma 2015.

²⁸ ECP, n. 48.

²⁹ Cfr. los análisis pormenorizados de Ernst BURKHART – Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*, vol. III, Rialp, Madrid 2013, pp. 134-221; Fernando OCÁRIZ, *Naturaleza, Gracia y Gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, pp. 261-271.

la sociedad ha de sentir la obligación de hacer un trabajo de Dios, que siembre en todas partes la paz y la alegría del Señor”³⁰.

Este sin duda es un camino bonito, pero no es fácil. El planteamiento no es ingenuo ni pueril, sino muy realista. “No lo dudéis: a lo largo de los años, se presentarán situaciones particularmente costosas, que exigirán mucho espíritu de sacrificio y un mayor olvido de sí mismo”³¹. Pero “a Cristo le interesa también el escondido sacrificio que supone el no derramar, en los demás, la hiel del propio mal humor”³².

Además trabajar por amor, para servir, representa un fuerte contraste con el planteamiento utilitarista dominante del trabajo como éxito para ganar dinero, reconocimiento personal o poder. Es una nueva respuesta, una nueva manera de hacer las cosas, posible cuando se contempla la obra de Cristo Redentor. De ahí, el consejo práctico de san Josemaría: coloca un crucifijo como “manual donde aprendes las lecciones de servicio”³³.

El trabajo por amor supone una nueva forma de vivir, en la que trabajo y oración se hacen complementarios: la vida teologal. “Ha llegado la hora, en medio de tus ocupaciones ordinarias, de ejercitar la fe, de despertar la esperanza, de avivar el amor; es decir, de activar las tres virtudes teologales, que nos impulsan a desterrar enseguida, sin disimulos, sin tapujos, sin rodeos, los equívocos en nuestra conducta profesional y en nuestra vida interior”³⁴.

³⁰ AD, nn. 68, 70.

³¹ AD, n. 70.

³² ECP, n. 174.

³³ AD, n. 67.

³⁴ AD, n. 71.

La vida cristiana es vida de oración en cuanto conformidad filial y amorosa a la voluntad del Padre, que es la unión en Cristo por obra del Espíritu Santo. Esta es la oración continua: la fe que vive por la esperanza en el amor. Esta es la vida de Cristo y la vida del cristiano. Esto es ser “contemplativos en medio del mundo”³⁵. El conformar en todo nuestra voluntad a la voluntad del Padre por amor, porque somos y nos sabemos hijos de Dios que corresponden a su Amor infinito. Realizar en todo la voluntad del Padre es hacer de la vida personal un vivir de fe, esperanza y caridad. No sólo los momentos concretos de oración, sino todo momento y circunstancia, especialmente la vida profesional.

Una vida teologal puede y debe impregnar todas las acciones, también el trabajo cotidiano. Ahora bien, eso solo puede llevarse a cabo mediante el organismo de virtudes, que hacen posible que el trabajo de la persona contribuya a la edificación de la sociedad de acuerdo a la justicia, la paz y el amor. “Es toda una trama de virtudes la que se pone en juego al desempeñar nuestro oficio, con el propósito de santificarlo: la fortaleza, para perseverar en nuestra labor, a pesar de las naturales dificultades y sin dejarse vencer nunca por el agobio; la templanza, para gastarse sin reservas y para superar la comodidad y el egoísmo; la justicia, para cumplir nuestros deberes con Dios, con la sociedad, con la familia, con los colegas; la prudencia, para saber en cada caso qué es lo que conviene hacer, y lanzarnos a la obra sin dilaciones... Y todo, insisto, por Amor, con el sentido vivo e inmediato de la responsabilidad del fruto de nuestro trabajo y de su alcance apostólico”³⁶.

³⁵ Para un estudio más detallado del tema, cfr. AA.VV., *La contemplazione cristiana: esperienza e dottrina*, Atti del IX Simposio della Facoltà di Teologia della Pontificia Università della Santa Croce, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2007; José Luis ILLANES, *Existencia cristiana y mundo: jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona 2003, pp. 301-331.

³⁶ AD, n. 72.

Conclusión. El trabajo como ofrenda: el culto espiritual.

El horizonte es realizar un trabajo de Dios, “un trabajo santo” que se convierta en “obra de Dios, obra de Amor”³⁷. Como hemos venido observando, al hablar del trabajo san Josemaría tiene clara la primacía de su dimensión subjetiva. El trabajo esencialmente es algo de la persona - y algo importante-. La persona se realiza con su trabajo, y se realiza cuando a lo largo de todas esas horas de trabajar (la jornada laboral estándar son ocho horas diarias o cuarenta semanales) puede expresarse ella misma: su inteligencia del mundo y su amor por las personas y las cosas. Pero la consecuencia de un trabajo tan de la persona, tan personalizado, es una obra o producto también personal³⁸. Es decir, con su trabajo la persona humaniza cada vez más el mundo que vive. Lo humaniza y lo espiritualiza.

Para un cristiano, este humanizar o espiritualizar el mundo consiste en otorgar el orden querido por Dios Padre en la creación y reconstruido por Jesucristo con la redención³⁹. Así lo piensa san Josemaría: “*Instaurare omnia in Christo*, da como lema San Pablo a los cristianos de Efeso; informar el mundo entero con el espíritu de Jesús, colocar a Cristo en la entraña de todas las cosas. *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*, cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Cristo con su Encarnación, con su vida de trabajo en Nazareth, con su predicación y milagros por las tierras de Judea y de Galilea, con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la creación, Primogénito y Señor de toda criatura. Nuestra misión de cristianos es proclamar esa Realeza de Cristo, anunciarla con nuestra palabra

³⁷ AD, n. 72.

³⁸ Esta es la dirección de toda civilización: humanizar el mundo. El desarrollo técnico tiende a esta personalización. Aunque precisamente ahí aparece el problema de la automatización no solo del mundo, sino de las personas. Ya lo advierte Guardini cuando en *El poder*, explica que la mayor capacidad de la técnica exige una mayor libertad humana para evitar la manipulación de la persona (R. Guardini, Obras completas, vol. 1, Editorial Cristiandad, p. 283).

³⁹ Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 47.

y con nuestras obras. [...] deben estos cristianos llevar a Cristo a todos los ámbitos donde se desarrollan las tareas humanas: a la fábrica, al laboratorio, al trabajo de la tierra, al taller del artesano, a las calles de las grandes ciudades y a los senderos de montaña”⁴⁰.

Jesucristo redime todas las realidades creadas, asumiéndolas en su existencia, dándoles la forma de la Cruz y transformando su sentido con la Resurrección. La nueva vida en Cristo resucitado provoca un significado nuevo para todas las cosas. Los fieles cristianos están llamados a hacer presente a Jesús llevando a Cristo dentro de ellos en sus vidas en medio de los quehaceres del mundo. Esta es la mediación sacerdotal de Jesucristo y esta es también la misión sacerdotal de la Iglesia que deben llevar a cabo los fieles laicos desde su secularidad: elevar el mundo hacia Dios y transformarlo desde dentro.

“Cada uno de nosotros ha de ser *ipse Christus*. Él es el único mediador entre Dios y los hombres; y nosotros nos unimos a Él para ofrecer, con El, todas las cosas al Padre. Nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo, nos exige que no busquemos solamente nuestra santidad personal, sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las actividades temporales, para ser levadura que ha de informar la masa entera. Cristo ha subido a los cielos, pero ha transmitido a todo lo humano honesto la posibilidad concreta de ser redimido. (...) No me cansaré de repetir, por tanto, que el mundo es santificable; que a los cristianos nos toca especialmente esa tarea, purificándolo de las ocasiones de pecado

⁴⁰ Cfr. ECP, n. 105. La visión que tiene san Josemaría de Cristo, de la Iglesia, del cristiano y de la Historia se enmarca aquí. Esta perspectiva fruto de una experiencia mística fundacional aparece en muchos de sus escritos, además del señalado, véase ECP, nn. 14 y 183. Para un estudio más detallado, cfr. Pedro RODRÍGUEZ, “*Omnia traham ad meipsum*”. *El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer*, in “Romana” 13 (1991) 331-351.

con que los hombres lo afeamos, y ofreciéndolo al Señor como hostia espiritual, presentada y dignificada con la gracia de Dios y con nuestro esfuerzo”⁴¹.

La Historia contemporánea quizá es el resultado de la batalla por el establecimiento de un orden individualista según las ideologías capitalistas o colectivista según las filosofías marxistas. En ambos casos por encima de la persona, como señala claramente la doctrina social de la Iglesia, especialmente Juan Pablo II en *Centesimus Annus* (1991), pero también Benedicto XVI en *Caritas in veritate* y Francisco en *Laudato si*⁴². La realidad social diaria nos muestra el trabajo alienante de la persona que crea estructuras de alienación sociales, como son la falta de conciliación entre trabajo y familia con la destrucción de tantos matrimonios y hogares por la presión laboral; la corrupción institucionalizada en amplios sectores de la política, las finanzas, las relaciones internacionales, etc.; la falta de conservación -o incluso la destrucción del planeta-, y la opresión y ruina de comunidades y pueblos enteros.

Frente a eso, el cristianismo plantea la posibilidad de un nuevo orden social, la *civilización del amor*, fundado en la primacía de la persona y que genere una sociedad libre e igualitaria con respeto de la diversidad. Ahí el trabajo es el eje que permite el desarrollo de cada persona y su mejor aportación al conjunto de la sociedad y de la naturaleza. En este orden personal querido por Dios el trabajo es una ofrenda de la persona, tanto de su actividad laboral como del producto de su trabajo. Aquí se sitúa el mensaje de san Josemaría, cuando resalta la dimensión sacerdotal y la visión eucarística de la vida cristiana.

⁴¹ ECP, n. 120.

⁴² Como advertía Pablo VI, el Concilio quería ser la aportación de la Iglesia a un mundo que comenzaba una nueva andadura histórica, una respuesta a los planteamientos de la modernidad. “Vosotros, humanistas modernos, reconocer nuestro nuevo humanismo: también nosotros -y más que nadie- somos promotores del hombre” Pablo VI, *Alocución en la Conclusión del Concilio Vaticano II*, 7 de diciembre 1965.

Antes de seguir, debemos explicar algo sobre el culto cristiano, para comprender que la adoración a Dios consiste en vivir la propia vida como ofrenda de amor a Dios y a los hombres.

El culto de la religión cristiana tiene tres momentos teológicos: originante o trinitario, fundante o cristológico, y fundado o eclesiológico. El culto de la Iglesia no es otro culto además del de Cristo, sino la presencia en la historia del único culto de Cristo⁴³. Y tiene dos formas de expresión: litúrgica (especialmente la Eucaristía) y existencial (la vida entregada de los cristianos a partir de la Eucaristía).

El culto litúrgico se delimita por el ámbito de lo sagrado, el culto existencial se define formalmente por la realidad humana existencial. La interacción de las virtudes teologales y morales constituye la religión del hombre cristiano, que reconoce a Dios y le ofrece un culto existencial. El culto del cristiano a Dios Trino consiste en todas sus acciones guiadas por la caridad. “Abarca en última instancia el orden de toda la vida humana en el sentido de las palabras de Ireneo: el hombre se convierte en glorificación de Dios, y queda, por así decirlo, iluminado por la mirada que Dios pone en él: esto es el culto”⁴⁴. El culto existencial tiene su raíz en la Liturgia, de hecho se hace posible desde la dimensión sacramental del culto. Pero se dirige -más allá de la acción litúrgica- hacia la vida entera, y la acción litúrgica tiene su razón de ser precisamente en posibilitar ese culto existencial.

La esencia del culto cristiano no es, pues, el ofrecimiento de cosas ni la destrucción de las mismas. El acontecimiento Cristo y su explicación bíblica han superado esta visión. El culto

⁴³ Cfr. Pedro RODRÍGUEZ, *La Iglesia: misterio y misión*, Ed. Cristiandad 2007, p. 214.

⁴⁴ Joseph RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, Ed. Cristiandad 2007, p. 59.

cristiano consiste en lo absoluto del amor que sólo podía ofrecer aquel en quien el amor de Dios se ha hecho amor humano⁴⁵.

Entender el culto a Dios de esta manera lleva consigo toda una serie de consecuencias. Principalmente que el culto no es tanto ofrecer cosas -sacrificios muertos-, cuanto ofrecer la propia vida. Así toda la vida es culto, un verdadero culto en espíritu y en verdad, centrado y originado en la Eucaristía: “llega la hora, y es ésta, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (Jn 4, 23).

La Celebración eucarística aparece así como fuente y culmen de la existencia de la Iglesia y del cristiano. La Eucaristía transforma toda la vida en un culto espiritual agradable a Dios, como afirma san Pablo: “Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable” (Rm 12, 1). ¿Qué se ofrece a Dios en este nuevo culto?

El culto cristiano que procede de la Eucaristía consiste en la ofrenda total de la propia persona en comunión con toda la Iglesia⁴⁶. La Eucaristía, como sacrificio de Cristo, es también sacrificio de la Iglesia, y por tanto de los fieles. La insistencia sobre el sacrificio *-hacer sagrado-* expresa aquí toda la densidad existencial que se encuentra implicada en la transformación de nuestra realidad humana ganada por Cristo. Hay que hacer sagrada, divina, toda nuestra existencia por Cristo, con Cristo y en Cristo: “Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios” (1 Co 10, 31).

⁴⁵ Para comprender la Eucaristía como el nuevo culto a Dios debemos tener en cuenta categorías básicas de la cultura religiosa de la humanidad como lo sagrado, el sacrificio y la simbología ritual, la adoración, la acción de gracias y la expiación. Jesús les otorga un nuevo sentido más profundo, pero a partir de la religión de Israel. Cfr. las afirmaciones de J. Ratzinger sobre el misterio de la cruz y el culto que aparecen en *Introducción al Cristianismo*, en el epígrafe “Padeció bajo Poncio Pilato”.

⁴⁶ Cfr. Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, n. 70.

¿En qué consiste este nuevo modo de vivir? El amor a Dios y al prójimo, es decir, el amor como la verdadera adoración. El culto a Dios es un culto razonable, espiritual, de la palabra que se continúa en la vida (cfr. Rom 12, 1-2). Por eso se puede afirmar que “el culto divino más auténtico de la cristiandad es la caridad”⁴⁷. La verdadera adoración es la caridad, el amor a Dios y a los hermanos.

Esta teología sobre la eucaristía y el culto espiritual del siglo XX nos coloca en el nuevo ámbito teologal que vive la Iglesia contemporánea y el fiel cristiano gracias a la vida y enseñanza de los santos. Como afirma san Josemaría, los cristianos hemos sido constituidos en “sacerdotes de nuestra propia existencia”⁴⁸. Toda la vida del cristiano es una realidad cultural, como la vida de Cristo. La ofrenda es la propia existencia.

El cristiano está llamado a expresar en cada acto de su vida el verdadero culto a Dios. De aquí toma forma la naturaleza intrínsecamente eucarística de la vida cristiana. “De este modo, muy unidos a Jesús en la Eucaristía, lograremos una continua presencia de Dios, en medio de las ocupaciones ordinarias propias de la situación de cada uno en este peregrinar terreno, buscando al Señor en todo tiempo y en todas las cosas. Teniendo en nuestras almas los mismos sentimientos de Cristo en la Cruz, conseguiremos que nuestra vida entera sea una reparación incesante, una asidua petición y un permanente sacrificio por toda la humanidad, porque el Señor os dará un instinto sobrenatural para purificar todas las acciones, elevarlas al orden de la gracia y convertirlas en instrumento de apostolado. Sólo así seremos almas contemplativas en medio del

⁴⁷ Joseph RATZINGER, *El nuevo Pueblo de Dios*, p. 346.

⁴⁸ ECP, n. 96.

mundo, como pide nuestra vocación, y llegaremos a ser almas verdaderamente sacerdotales, haciendo que todo lo nuestro sea una continua alabanza a Dios”⁴⁹.

No está, pues, de una parte el rito y de otra la vida. Para que no se apague la llama de esta liturgia de la vida, debe volver periódicamente a las fuentes que la reavivan, debe volver a la celebración, a la palabra y al sacramento. En lo que ahora nos ocupa, el culto existencial que debemos a Dios es el trabajo en cuanto servicio para los hombres y construcción de la civilización. Estas son nuestras ofrendas, que realizan la Eucaristía uniéndose al corazón de Jesucristo, y llegando al Padre reconcilian el universo. En el misterio eucarístico se cumple sacramentalmente la recapitulación de todas las cosas en Cristo: el cosmos entero, “el pan y el vino, fruto de la tierra, de la vid y del trabajo del hombre”, se convierten en el Cuerpo y la Sangre gloriosas de Cristo resucitado, del Cristo total; los cristianos somos “fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de tu Espíritu Santo” para que “formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu”; y la historia entera se consuma en la liturgia celestial.

En esto consiste el trabajo como oración. Una ofrenda perfecta, bien hecha según su autonomía; de un mundo personalizado gracias a la inteligencia, la voluntad y las manos del hombre; para la gloria de Dios Padre unidos Cristo y en el Espíritu Santo; que revierte en bien de los hombres y de la sociedad en la que se colabora con el reinado del amor de Cristo. “Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a sí la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas”⁵⁰.

⁴⁹ Ángel GARCÍA IBÁÑEZ, *La Santa Misa, centro y raíz de la vida del cristiano*, in “Romana” 28 (1999), pp. 148ss: cita de San Josemaría, Carta 2-II-1945, n. 11.

⁵⁰ San JOSEMARÍA, *Conversaciones*, n. 59.